

La construcción de masculinidad en la ciudad de Medellín

Reflexiones desde el cine y la literatura en los últimos cincuenta años

Resumen

Aquí se propone, desde una perspectiva antropológica e histórica, un acercamiento a la construcción social del concepto de masculinidad en la ciudad de Medellín, Antioquia, e indagar por los mecanismos mediante los cuales este encuentra legitimación y vigencia en el tejido social. La investigación realizada partió del cambio que experimentó la concepción de lo masculino en la ciudad de Medellín, ilustrado desde el cine y la literatura, entre las décadas de los 80 y los 90, época que se caracterizó por el incremento de la violencia en la ciudad y por nuevas prácticas criminales y delictivas generadas por el auge del narcotráfico. A partir de estereotipos fundados por estas prácticas y plasmados en la literatura y el cine como parte del paisaje “normal” de la ciudad, el artículo resalta las implicaciones sociales de este fenómeno. Además se destacan los elementos que permiten la reproducción de una forma particular de ser y hacerse hombre en la capital antioqueña desde finales del siglo xx hasta la actualidad.

Palabras clave: Masculinidad, violencia, jóvenes, estereotipos.

Abstract

This article proposes an initial approach to the social construction of masculinity as a concept in Medellín, Antioquia, from an anthropological and historical perspective. It undertakes a research of the mechanisms through which it finds legitimacy and validity within the society. The starting point of this research was the change experienced by the conception of what was considered masculine in Medellín, from the scope of film and literature, between the 1980s and the 1990s, a period characterized by growing rates of violence and new criminal practices associated to the peak of drug trafficking. By taking the stereotypes established by these activities that were reflected in film and literature as part of the new “normal” landscape of the city, the article highlights the social implications of this phenomenon. Thus, the article accentuates the elements that have given way to the reproduction of a particular mode of acting and becoming a man in the capital of Antioquia from the late Twentieth Century until the present.

Keywords: Masculinity. Violence. Young. Stereotypes.

John Sebastian Buitrago Villa. Estudiante del pregrado en antropología, Universidad de Antioquia. Correo-e Jhons. buitrago@udea.edu.co

Este artículo parte de un ejercicio de investigación propuesto en la asignatura electiva Género y Problemas Sociales Contemporáneos, de la Universidad de Antioquia. Agradezco a Sara Yaneth Fernández, por guiarme, apoyarme y brindarme herramientas para sustentar el trabajo realizado; extendiendo un agradecimiento especial a Mónica Ruiz Martínez, quien participó inicialmente en el proceso investigativo.

La construcción de masculinidad en la ciudad de Medellín. Reflexiones desde el cine y la literatura en los últimos cincuenta años

John Sebastian Buitrago Villa

Introducción

La Masculinidad como concepto abordado desde una perspectiva antropológica ha experimentado un aumento gradual como foco de interés en diferentes investigaciones, aunque se resalta que inicialmente fue un tema trabajado más desde el ámbito de corrientes feministas y no desde el hombre que se analiza. Un estudio antropológico así lo relata:

La antropología desde siempre se ha ocupado de hombres hablándoles a hombres sobre hombres. Sin embargo, hasta hace poco tiempo, fueron contados aquellos quienes dentro de la disciplina del “estudio del hombre” realmente examinaron a los hombres como hombres. Aunque durante las dos últimas décadas el estudio de género conforma el cuerpo teórico y empírico nuevo más importante dentro de la antropología en su conjunto, los estudios de género aún son equiparados con los estudios de las mujeres (Gutmann, 1997, p. 2).

La amplitud del espectro antropológico que se desarrolló de manera gradual y asimétrica en las diferentes corrientes teóricas permitió explorar otros campos de investigación que anteriormente fueron relegados e incluso menospreciados; como se ha señalado, hay un enriquecimiento en los temas abordados desde la antropología, acompañado por una crítica del lugar que ocupa el investigador en relación con el otro, es decir cómo el hombre, por defecto, entiende y percibe el

mundo. En la actualidad hay una preocupación mayor por parte de los varones por pensarse a sí mismos como otros, lo cual implica que

Esta llegada tardía, como objeto de estudio o de preocupación de la masculinidad, se ubica no solo en el ámbito científico sino también en el de la vida cotidiana de hombres y mujeres, pero sobre todo de los primeros. Conocer o, al menos preguntarse, cómo y por qué son como son los hombres no es una cuestión de la agenda de estos. Estas interrogantes se remontan recién a las últimas décadas y, poco a poco, va ocupando espacios en los temas de indagación de personas y organizaciones, tanto del Estado como no gubernamentales (Campos y Salas, 2001, p. 1).

Desde el orden teórico y metodológico, la masculinidad ha sido abordada como objeto de estudio en las ciencias sociales en Colombia desde el ámbito de la violencia; en este sentido se rescata el trabajo de Carlos García y Fredy Gómez (2012); en el presente trabajo es importante y evidente retomar y analizar el concepto desde la problemática de víctima-victimario, a razón del contexto que se generó desde el fenómeno del narcotráfico en Medellín entre los años 80 y 90 y sus implicaciones culturales, políticas y económicas, que persisten hasta la actualidad, y que constituyen el punto de partida de esta investigación, al indagar por la (re)configuración de la masculinidad en la ciudad de Medellín a partir de este contexto específico.

Para ilustrar y facilitar el ejercicio investigativo se partió de analizar imágenes estáticas de los sujetos y su contexto, ofrecido ampliamente en el cine y la literatura de la época, lo que a la postre normalizó dicho fenómeno; este punto se desarrollará a lo largo del texto; las películas elegidas para abordar la propuesta son: *Rodrigo D. no futuro* (1991) y *Apocalipsur* (2007), de Víctor Gaviria y Javier Mejía respectivamente; paralelamente, desde la literatura se partió desde *No nacimos pa' semilla* (1990) y *Mujeres de fuego* (1993), ambas obras de Alonso Salazar; *Medellín es así* (1998) de Ricardo Aricapa; son películas y libros que responden a un patrón específico, valioso para ilustrar el punto transversal de la presente investigación, a saber, la violencia como ejercicio de la masculinidad y su alcance hasta la actualidad; estos discursos, imágenes y diálogos encarnan en cierta medida un aspecto específico de la realidad social de la época, aunque, claro está, la presentan sobre un solo plano uniforme, sin variaciones ni posibilidad de otras realidades, lo cual facilita el análisis de los mismos.

Es menester resaltar que si bien no todos los sujetos se insertan de la misma manera a la cultura dominante, sí pueden evidenciarse ciertos estereotipos que se generan a partir de la cultura y en un contexto socioespacial específico. Sin

ánimo de desconocer la existencia de procesos de resistencia y contracultura que surgieron en Medellín y que en general aparecen en el mundo como procesos de resiliencia frente a la realidad que absorbe a los sujetos, retomaremos una visión estereotipada de la realidad, lo cual permitirá resaltar los mecanismos mediante los cuales los sujetos se apropian de la violencia y la no violencia presente en su entorno social y cultural, para convertirlo en ejercicio de su masculinidad; es decir, el presente trabajo resaltaré la forma estereotipada de ser hombre en Medellín, desde el ejercicio de la violencia y la no violencia a partir de la segunda mitad del siglo xx hasta la actualidad, retomando como eje las representaciones ofrecidas en el corpus seleccionado en el cine y en la literatura.

Esbozo histórico

...mientras en las zonas costeras el hombre era valorado por su capacidad de procrear, en Antioquia su virilidad estaba medida por su capacidad para proveer dinero al hogar sin importar cómo. "Ella [Virginia Gutiérrez] habló sobre la búsqueda de dinero de los paisas a cualquier precio antes del fenómeno de Pablo Escobar".

Semana, 2015.

Partir de una perspectiva histórica posibilita vislumbrar un panorama más amplio del contexto social, político y económico que precedió la (re)configuración de la masculinidad en el municipio de Medellín a partir del siglo xx; se hace importante entonces resaltar dicho contexto antes de precisar sobre la problemática de la violencia, elevada a su máxima expresión con el fenómeno del narcotráfico, y el significado de lo masculino a partir de estas nuevas prácticas, imaginarios y discursos sociales.

Con el propósito de evidenciar el cambio que se ha generado en torno a la concepción de la masculinidad dentro de la sociedad antioqueña y específicamente la medellinense, se ofrece un breve esbozo desde un contexto histórico.

A partir del siglo xix se rescata cómo los procesos migratorios, el auge industrial y el comercio de la ciudad de Medellín han contribuido a la (re)configuración de la construcción social e individual de la masculinidad. Para esta época se experimenta un giro de un medio rural y agreste lleno de posibilidades, de producción económica a partir de la tierra, a una ciudad en proceso de crecimiento ligada directamente a la industria, lo urbano y al liberalismo económico de la época.¹

1 Sobre la construcción de masculinidad a través de los medios de producción, véase Figueroa, 2010.

Los hombres o el significado de lo masculino en el siglo XIX ha sido estudiado por la historia, a partir del relato de varones a caballo y mula en pro de la colonización antioqueña; los arrieros, colonizadores y fundadores serían la estampa perfecta para expresar el significado del actuar masculino a partir de la búsqueda de tierras, la siembra del café, la apertura de caminos, la denuncia de minas y demás actividades productivas que se desarrollaban a mediados y finales del siglo XIX en el Estado de Antioquia; este análisis en particular, puede evidenciarse en el estudio de Jorge Alberto Restrepo (1992) sobre el retrato del patriarca antioqueño a partir de los desarrollos económicos y las posiciones morales de la época, el prohombre antioqueño del momento. En este sentido, el arte materializa en la pintura *Horizontes*, de Fidel Cano, una descripción fiel al relato expuesto anteriormente; sin más, podría afirmarse que se ha convertido en la imagen emblemática de la cultura antioqueña.

El arte y la música enriquecen la visión de la reconfiguración del significado de lo masculino a partir del cambio social, político y económico de la ciudad. Particularmente la pintura y las carátulas que acompañan las películas y discos compactos ofrecen elementos que personifican los diferentes imaginarios y representaciones culturales de la Medellín de finales del siglo XX.

Respecto a lo anterior se resalta la emblemática muerte de Pablo Escobar desde la visión del pintor Fernando Botero (1999). La Carátula de los temas originales de la película *Rodrigo D. No futuro* (1988) ofrece una imagen, una mirada, acerca de las realidades sociales que se gestaron en este periodo a finales del siglo XX. Esta misma temática, que evidencia un malestar colectivo, la podemos encontrar en las carátulas de las películas, con frases como “Cuando quieres vivir y la vida te mata seis o siete veces al día”, de *Apocalipsur*, y “¿Será muerte vivir tanto?”, de *Rodrigo D. No futuro*.

Siguiendo esta misma línea de argumentación y en perspectiva histórica, la creciente ciudad de Medellín se convierte en el espacio social donde se producen los nuevos prospectos del comportamiento masculino. En la figura 1, con base en las estadísticas del Dane, pueden evidenciarse los procesos de violencia en relación con las diferencias por sexo en la ciudad de Medellín; la ausencia de los varones del seno familiar ofrece un foco de reflexión que más adelante será abordado, partiendo de las ilustraciones ofrecidas por el cine y la literatura.

La anterior gráfica permite analizar a grandes rasgos las implicaciones de ser hombre entre los años de 1980-2007 en la ciudad de Medellín, donde aparece una relación de quince muertes masculinas por cada muerte femenina, en su punto más álgido a principio de la década de los 90.

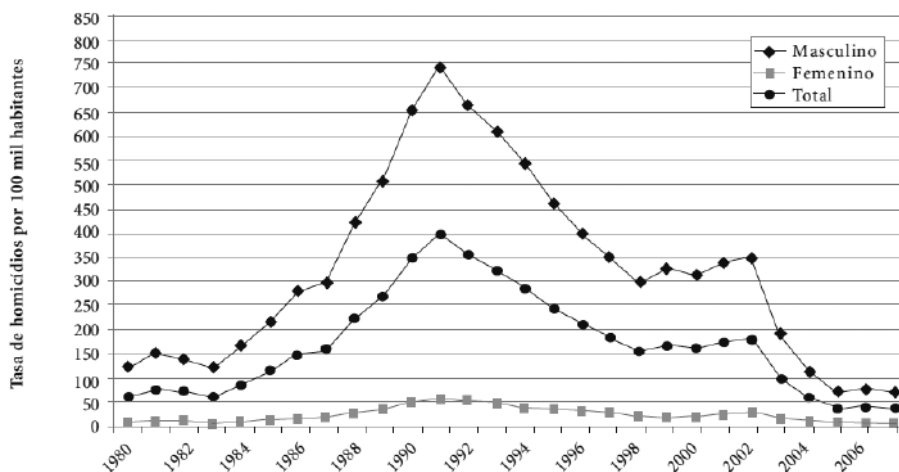


Figura 1. Tasa de homicidios en Medellín, 1980-2007

Acercamiento desde el cine

Con el cine como herramienta de análisis, partamos de las representaciones ofrecidas en las películas *Rodrigo D no futuro* y *Apocalipsur*, que ofrecen miradas paralelas, pero diferentes, de las implicaciones señaladas anteriormente. Ambas hacen la representación sobre la realidad de la ciudad de Medellín a partir de la violencia y el narcotráfico en la época de 1988 a 1992. A pesar de que estos dos filmes parten del mismo contexto, es importante referenciar que fueron rodadas en décadas diferentes: *Rodrigo D* en los noventas y *Apocalipsur* en 2005; aun así, plantean un acercamiento similar, pues describen y concluyen el ámbito social de la misma manera, desde el punk, las drogas, el sexo, el rocanrol, el licor y el aspecto periférico barrial tan particular y característico en la organización territorial de Medellín; elementos que a la postre permiten generar una serie de reflexiones sobre el despliegue de la masculinidad en la ciudad.

La premisa de los guiones de estas dos producciones cinematográficas es la crisis de violencia, coyuntural en el país, la muerte y destrucción que generó el referente de Pablo Escobar y el narcotráfico en el Valle de Aburrá. Muestra de esto son los discursos que se sostienen a lo largo de las escenas; en el caso particular de *Apocalipsur*, esta comienza con una frase contundente, que define la crisis de los jóvenes insertos en la violencia de la ciudad: “Entre los años de 1989 y 1992 fueron asesinados en Medellín más de veinticinco mil personas,

la mayoría de ellos menores de edad. Algunos jóvenes llamaron a estos años el Apocalipsur” (Mejía, 2007, Min. 1:04).

Otra característica importante es el uso de actores naturales para la representación de la cotidianidad de los jóvenes en Medellín; ninguno de ellos era actor profesional. Es paradójico que, en el caso de *Rodrigo D*, la mayoría del reparto murió antes del estreno de la película. Se destaca la interpretación y el parlamento de los dos filmes desde una jerga parlache, donde frases como “Después de vivir con la muerte tan cerca, la chimba,* que uno sigue igual” (ibíd., 2007, Min. 19:20) legitiman los comportamientos sociales de resistencia juvenil de la época.²

Finalmente, en torno a la perspectivas que nos puede brindar el cine como herramienta para el breve ejercicio de análisis propuesto y como método de acercamiento a las problemáticas sociales y culturales, se resalta el papel del punk y el metal como géneros musicales latentes en las películas mencionadas, donde las letras de las canciones revelan sin mayor limitación las posiciones de contracultura que se generaron a partir de la violencia y la desazón frente a la vida de los jóvenes y las nuevas generaciones en la ciudad de Medellín.

Acercamiento desde la literatura

Paralelamente, la literatura, nos ofrece un panorama similar, señalando de antemano que el presente texto se ubica a partir de la segunda mitad del siglo xx, una época en la cual Medellín representa uno de los epicentros de mayor violencia en el país; esta violencia es desarrollada en su mayoría, y cayendo en estereotipos, por jóvenes hombres de los barrios periféricos de la ciudad, los cuales encuentran dentro de estos mismos mecanismos violentos el ejercicio de su masculinidad; cabe resaltar que hay quienes ejercen violencia sobre estos últimos, una violencia estructural, que los obliga a encausarse en su lógica violenta, valga la redundancia, reproduciendo y perpetuando este fenómeno.

Partiendo desde la conformación de la familia como eje central de análisis para la reflexión, ilustrado en la literatura en obras como *No nacimos pa´ semilla* (1990), *Mujeres de fuego* (1993) y *Medellín es así* (1998), entre otras, se repite una y otra vez la misma imagen o panorama: una mujer sola con sus hijos, viviendo en uno de los barrios periféricos de la ciudad; el hombre, esposo y

2 Los términos señalados con (*) están en el glosario al final.

padre, está ausente por diversos motivos; cuando es un embarazo no deseado se atribuye principalmente al producto del ejercicio de la prostitución practicada por las mujeres; cuando son embarazos deseados las variables más recurrentes son: muerte, a razón de la violencia política del país de años anteriores, o de las nacientes guerras urbanas, o también aparece el abandono como dato repetitivo que pretende explicar la ausencia del padre en el seno familiar.

Claramente se presenta una visión estereotipada, sesgada y limitada de la realidad, pero para el presente escrito es de vital importancia, pues es sobre estas imágenes estáticas que se escribe, se filma y se divulga para la masa, fortaleciendo cada vez más la constitución y reafirmación de estos estereotipos; además, se infiere que este fenómeno social comprende un ciclo en tanto las jóvenes, compañeras sentimentales de los jóvenes insertos en el conflicto, quedan viudas, por las muertes prematuras de sus compañeros a causa del conflicto en el cual están inmersos; esta relación cíclica que se establece, genera una naturalización de la estructura familiar, que le otorga tempranamente a la madre la función como cabeza de familia.

De este fenómeno de la ausencia del padre en el seno de la familia surgen dos variables o aristas que subyacen tras el fenómeno de la violencia; partiendo de este hecho ampliamente descrito en la bibliografía tratada, se logran identificar dos aspectos: el primero sobresale explícitamente, el reemplazo del padre por parte del hijo mayor; el segundo permanece más oculto, más implícito: la divinización de la madre como figura mítica y santa, representada como “*la cucha*”.*

Al revisar la bibliografía y desentrañar las historias de vida de los personajes inmersos en las dinámicas violentas de los combos o grupos organizados al margen de la ley, se vuelve recurrente que “tirarse al rebusque”* sea lo único que les queda, pues deben suplir la ausencia de un padre que hacía las veces de proveedor, o compartir la carga económica del hogar con una madre que no da abasto con la economía del hogar. La ausencia de un proveedor obligó a las mujeres a ejercer dicho rol, por lo menos hasta que uno de los hijos ocupara el lugar; lo anterior sumado a la inmersión, en la década de los 50 y los 60, de la mujer en la esfera pública; esta reconfiguración social permeó la estructura familiar, o viceversa; en cualquier caso, posibilitó que las dinámicas de relaciones de unas y otros cambiaran, y finalmente aparece la violencia como elemento de control masculino sobre las mujeres.

En este sentido, Toño, uno de los personajes de *No nacimos pa' semilla*, señala que

El cucho* murió hace catorce años. Él era un duro,* me enseñó muchas cosas, pero como era tan vicioso nos dejó embalados.* Entonces me tocó tirarme al rebusque* para ayudarlo a mi mamá y a mis hermanitos. Por eso me metí a la delincuencia, pero también porque me nacía, yo desde muy pelado* he sido malo*” (Salazar, 1990, p. 25).

Vemos pues que no solo se busca pertenecer a estos grupos o combos para generar ingresos económicos; también se insertan jóvenes en búsqueda de realización personal, de adquisición de estatus y poder.

Estos ideales de bienestar con los que creció la población de la época no son gratuitos; la publicidad y en general los medios de comunicación jugaron un papel fundamental para la conformación de los mismos; cómo vestir, cómo calzar, qué moto manejar, entre otros, son ideales constituidos o imposiciones culturales de bienestar, por tanto no es espontáneo que muchos de los jóvenes que se engranan en estas bandas o combos, según lo relata uno de los líderes,

Son muchachos* que ven la realidad, ellos saben que estudiando y trabajando no consiguen nada y que en cambio con uno se levantan* las lucas.* Ellos se meten por su gusto, no porque uno les diga. Nosotros no le decimos a nadie métase. No, todos tienen necesidad, algunos entucan* por la familia, pero otros es por mantenerse bien, con lujos (Ibíd., 1990, p. 27).

Estas necesidades creadas a partir de los medios publicitarios, sumado a la incapacidad de insertarse en unas lógicas de consumo legales, no por gusto propio, sino en parte por la imposibilidad de oportunidades, son el ambiente propicio para que los sujetos satisfagan sus necesidades de consumo a partir de prácticas ilegales. Estas prácticas ilegales, generalmente violentas, son llevadas a cabo principalmente por hombres, lo cual trascendió en una “virilización” de la violencia, pues en este contexto se construye, siguiendo a Serrano, “la masculinidad en el ejercicio de la fuerza y en la imposición de poder sobre otro [...] y la destreza para sortear el riesgo y el peligro (2005, pp. 136-137).

Esta práctica de anular al otro por medio de la fuerza o el soportar el riesgo por lo general son prácticas masculinas, y constituyen mecanismos a través de los cuales se sustenta una brecha de desigualdad entre hombres y mujeres, que legitima, siguiendo la obra de Pierre Bourdieu, el acceso diferencial del joven varón al capital simbólico, cultural, social y económico.

Ahora bien, el fenómeno que se presenta de manera más implícita es la divinización de la madre, pues como se mencionó anteriormente, por lo general en los barrios periféricos de la ciudad abundan las madres cabeza de familia; son ellas las

que se convierten en el referente de los más jóvenes, en el sentido de luchadoras y rebuscadoras; claro que los hombres se realizan de otra manera, a través de la violencia estructurada en grupos o combos; es en cierto sentido la implementación de dos referentes: primero, la madre como sinónimo de lucha, entrega y sacrificio; los mismos valores que son requeridos para la conformación de una banda o grupo, el crear lazos de filiación para la supervivencia, en este caso son heredados desde el hogar por parte de sus madres para mantener su familia; el segundo referente lo constituye algún comandante de turno de uno de los combos o bandas, el cual por su condición de “teso”* en tanto siempre está en relaciones riesgosas es sinónimo de poder, prestigio y jerarquía; lo segundo fue abordado anteriormente, donde se rescata la construcción de masculinidad ligada al riesgo; lo primero se materializa en el popular tatuaje que llevan algunos, “Dios y madre”, elevando al nivel de una divinidad a la madre, pues ellas constituyen el eje fundamental de los hogares; este último planteamiento podría profundizarse desde los aportes ofrecidos por el psicoanálisis, pero no serán retomados aquí por la brevedad del presente escrito.

Además, también se resalta que las mujeres se insertan en las lógicas violentas, aunque de forma diferenciada a los hombres; ello se evidencia en *Mujeres de fuego*, de Alonso Salazar (1993), el cual indaga en la cotidianidad de las mujeres de Medellín entre los años 80 y 90, develando una forma de introducción de las mujeres en los mecanismos de violencia presente en el contexto. Aunque para esa época pareciera que los roles sociales ligados a la condición de género estaban completamente definidos y herméticos, incluso esta práctica o división de lo masculino y lo femenino se legitima culturalmente; una muestra de ello es Janeth, uno de los personajes de *Mujeres de fuego*, que cuenta cómo cuando hirieron a un hermano, ella se dedicó a

Cuidarlo hasta que se recuperó, ahí fue donde le cogí más cariño. Uno por naturaleza quiere a los hermanos, pero al verlo así se volvió mi hermano del alma; se puede decir que me convertí en su mujer porque le lavaba la ropa, le planchaba, le cocinaba y le hacía todo. Así son las cuchas,* al hijo más torcido* es al que más quieren (Salazar, 1993, p. 13).

En esta misma dirección va el testimonio de Sandra cuando cuenta la relación de sus padres:

Mi papá llegaba cansado y encontraba era un cocodrilo echando cantaleta. No le arreglaba la ropa, en un guayabo no era capaz de llevarle un vaso de agua a la cama. Y por la jartera bebió cada vez más hasta que se alcoholizó. Uno sabe que si se casa es para atender al marido, por eso yo no me caso (Ibíd., 1993, p. 38).

Los relatos anteriores son una muestra del papel subordinado que adquiriría la mujer bajo su condición de esposa o compañera sentimental, pero también es una muestra de la hegemonía que se ejerció sobre ellas por su condición de mujeres; hay una especie de violencia aceptada, permitida, la cual se legitima en los discursos, presentados como un orden natural; una muestra clara de lo anterior es el relato de Erika, víctima de una violación, quien señala:

Me sentí arruinada como persona y lloré desconsoladamente. Pensaba que todo era culpa mía, que quizás si hubiera llevado la cosa con más seriedad, que si no hubiera usado una minifalda tan corta nada hubiera pasado. Uno se gana el respeto o el irrespeto por su manera de ser (Ibíd., 1993, p. 46).

En el marco de los relatos anteriores se hace evidente la aceptación de las lógicas violentas que se imponen sobre la mayoría de las mujeres para ese tiempo y espacio específico; ahora bien, la inserción por parte de las mujeres en estas lógicas violentas también constituyó una forma de resistencia a la condición de subordinación, aunque cabe resaltar que hombres y mujeres se inscriben de manera diferenciada en el ejercicio de la violencia en la ciudad.

Esta inserción diferenciada por parte de hombres y mujeres en las lógicas violentas se debe en parte a la diversidad del conflicto, pues cada grupo armado que interviene en él tiene su propia estructura particular; un ejemplo de ello es la imagen ofrecida de los combos o grupos urbanos al margen de la ley y las milicias, donde en los primeros, el papel de la mujer solo se limita a esconder armas o trasportarlas, no se emplean para la conformación de la fuerza de choque, se introducen en tareas que generan poco estatus dentro de la estructura, mientras que

“En las milicias* las mujeres tenemos iguales derechos que los hombres y nos tratan a lo bien, no pueden ver que nos falten porque se ponen pilas.* Aquí todos trabajamos por el mismo ideal y nos tratamos de igual a igual (Ibíd., 1993, p. 32).

Se hace evidente cómo la diversidad de los actores que intervienen en el conflicto armado colombiano no permite generalizar las acciones desarrolladas por unos y otras; por ejemplo Claudia, citada en el testimonio anterior, señala que

las actividades militares me parecen chéveres pero prefiero el trabajo político: ayudar a formar equipos de fútbol, microempresas, acciones comunales, grupos juveniles, jugar con los niños... se trata de que los niños vuelvan a sonreír, que los padres los respeten, que los hombres les den un derecho a las mujeres (Ibíd., 1993, p. 24).

Estas formas diferenciadas de inserción, señaladas anteriormente, no solo dependen del actor violento al cual se pertenezca, sino además de los ideales o motivos de dicha inserción, pues si bien el hombre bajo estas dinámicas violentas recibe cierto estatus, la mujer por su parte encuentra en la adscripción a estos mecanismos violentos una forma de resistencia a la hegemonía que se ejerce sobre ella, encuentra protección al formar lazos de filiación con los integrantes de su organización.

Ejercer la violencia como ejercicio de poder por los hombres también los pone en situación de desventaja, pues son hombres, matándose con otros hombres, lo cual los convierte en las primeras víctimas directas del conflicto armado, aunque claro, cabe resaltar que el conflicto armado urbano nos afecta a todos de diferente manera; para facilitar estos mecanismos mediante los cuales se ejerce el poder, es necesario invalidar otras formas de ser hombre o de vivir la masculinidad, anular al otro a través de la fuerza, como el rechazo marcado y generalizado hacia la homosexualidad masculina, como agente amenazador al orden social dominante; en este sentido se señala que “si uno cae a Bellavista, y no tiene conocidos se lo llevó el putas,* lo bajan* de todo lo que tiene y hasta se lo culean*” (Salazar, 1990, p. 51).

La anterior solo es una muestra de las muchas citas que apuntan en este sentido; se podría casi intuir que realizar una práctica homosexual, sea o no consensuada, degrada el nivel del hombre; en cierto sentido su masculinidad deja de tener el mismo peso frente a los demás congéneres; “el cuerpo se vuelve en ellos, territorio, escenario y a la vez instrumento de las violencias” (Serrano, 2005, p. 137).

Probar ante otros la capacidad de autoprotección, ser “impenetrable” en cuanto a los riesgos que circulan, reafirma la masculinidad del sujeto, por tanto el cuerpo se concibe como un territorio a defender; degradar sexualmente al otro es, en cierto sentido, reafirmar su propia masculinidad; la anterior práctica ejemplifica una forma de virilizar la violencia, el dominio masculino sobre el otro u otra a través de la fuerza, específicamente la penetración.

Reflexiones finales

Si bien el marco de la presente investigación está contemplado en dinámicas violentas a partir de la segunda mitad del siglo xx, se resalta a la fecha la vigencia de estos estereotipos y cómo se han mantenido estas lógicas culturales para el ejercicio de la masculinidad en la ciudad de Medellín.

Uno de los puntos clave por el cual se fomenta la reproducción del fenómeno violento en jóvenes varones, no es solo la garantía al acceso de los bienes materiales y de consumo; también está acompañado de una gran aceptación por parte de las mujeres, una especie de erotización o espectacularización de la figura masculina delincuencial o violenta, una erotización del riesgo.

Al ostentar el poder, los varones reafirman su posición privilegiada en una estructura jerárquica de poder; este poder no solo se ostenta por medios materiales, sino también simbólicos, pues representa una suerte de garantía, de protección del entorno violento para las personas más cercanas, en este caso su novia/esposa/compañera; por tanto, esta erotización descansa sobre el poder y el estatus, traducidos en protección y seguridad del entorno; es, si se quiere, una suerte de adaptación a las lógicas violentas en las cuales están inmersas las mujeres, si bien esta erotización se materializa en los actores armados, los cuales son garantes de seguridad; pero no importan los sujetos, es decir, solo se erotiza el círculo de poder que se mantiene. Esta variable reproduce el sistema violento como un ejercicio de poder masculino, pues como se señala en *No nacimos pa' semilla*, “matan y encarcelan a muchos pero otros pelados* se vinculan, piden pista*” (Salazar, 1990, p. 27).

Esta anulación de los sujetos, no impide la replicación del fenómeno, pues los estereotipos están tan implantados en la retina de los habitantes de la ciudad que no conciben una realidad diferente, unos mecanismos de poder diferentes y, en últimas, unas formas diferentes de construir su masculinidad; por tanto se podría considerar este uno de los motivos por los cuales se mantiene vigente el estereotipo, pues los jóvenes se apropian de esta relación joven-violento en tanto figura erótica, y comienzan a

Representarse y construir su lugar social desde el discurso de la violencia; así hemos podido observar grupos de jóvenes que aprenden a desarrollar las parafernalias, los lenguajes y los comportamientos sociales asociados a “jóvenes violentos”, para desde allí demandar un nuevo lugar social, o dicho de otro modo, existir como sujetos jóvenes (Serrano, 2005, p. 130).

Realidad desbordada, que se hace palpable en el ejercicio de observación de varones jóvenes de la ciudad, pues esta apropiación se encuentra expuesta en todas las esferas económicas y sociales de Medellín.

Planteado lo anterior, se puede concluir que hay una construcción de masculinidad a partir del ejercicio de la violencia, lo cual comprende el ejercicio de

la fuerza, la anulación del otro, la imposición de poder sobre ese otro u otra y, finalmente, la apropiación del estereotipo joven-violento. La inserción a estas lógicas violentas se da a razón de, como se expuso en estas páginas, acceso a los diferentes tipos de capitales. Paralelamente, las mujeres, no se introducen en los mecanismos violentos a manera de “realización personal”, sino que encuentran en ella una suerte de garante que en cierta medida las protege de ser víctimas de las prácticas mediante las cuales se degrada a la mujer, otorgándoles una condición de subalterno en relación a los hombres; en este sentido Claudia relata que una vez ella tenía una minifalda y un hombre le coqueteó:

- Uy mamasota.* ¿Qué es para mí? —me preguntó mirándome de arriba abajo.
- respéteme hermano que yo soy una mujer. ¿Usted me cree una puta?
- Le pegué una cachetada.
- Esta mona si da duro, no la casco* porque es miliciana.*
- De malas (Salazar, 1993, p. 26).

Adscribirse en estas lógicas violentas constituye una resistencia ejercida desde la mujer contra el orden social establecido, dentro del cual se encuentra en posición de desventaja frente a la figura masculina; claro que, como ya se dijo anteriormente, habría que analizar hasta qué punto esto constituye una adaptación a esta fuerza opresora, puesto que habría que partir de la particularidad de la estructura de cada actor violento del contexto; pero para este caso, las milicias, bien podría considerarse adaptación y resistencia, no solo porque ellas participan de este ejercicio de poder sino porque al crear lazos de filiación con los demás miembros del grupo, también se les “garantizan” ciertas seguridades:

Las nuevas dinámicas y configuraciones familiares en Colombia, en relación con los nuevos lugares que ocupan los hombres en los ámbitos públicos y privados. El mundo contemporáneo ofrece una mayor relatividad de las fronteras entre lo público y lo privado que antes no se conocía. Muchos varones han tenido, en consecuencia, que reflexionar y replantear sus acostumbrados roles para posicionarse nuevamente respecto de las mujeres, las generaciones, las familias, etcétera (García y Gómez, 2012, p. 7).

Siguiendo esta misma línea tiene lugar la violencia, comprendida como elemento de dominación, un intento desesperado de “retomar el control” o imponerse sobre las mujeres, pues como se ilustró anteriormente, el lugar privilegiado masculino viene en “detrimento” a raíz de las nuevas configuraciones familiares y la situación público-privada que se establece actualmente: “La precarización de las condiciones laborales o el desempleo que desestabilizan en tan

alto grado la masculinidad, por cuanto erosionan el estatus de proveedor que se tiene como uno de los rasgos de comprobación de la misma” (Ibíd., 2012, p. 16).

Ahora bien, la masculinidad comprendida como una prueba constante, una condición que necesita ser reafirmada en cada oportunidad, implica imponerse a los demás, incluso a partir de la violencia física, para reclamar su lugar en el mundo; según lo anterior, adquiere pertenencia retomar como herramienta de análisis

Los desarrollos conceptuales de Michel Foucault y Judith Butler, a partir de los cuales se entiende hoy el cuerpo no solo como materia sino como materialidad informada. Como resultado, hay una tendencia creciente a considerar el género como incardinación o encarnación, es decir, como inscripción en el cuerpo de unos discursos históricos sobre los modos “correctos”, “apropiados” o más aceptados de resolución tanto de la masculinidad y de la feminidad (Ibíd., 2012, p. 14).

En últimas, estos mecanismos violentos ejercidos desde la cotidianidad de los sujetos para la construcción de una masculinidad son el resultado desesperado de retomar y reencarnar el discurso histórico que posibilita las relaciones de poder desigual, y como estos se adaptan y reconfiguran para encontrar legitimación.

La anterior investigación se plantea como un primer acercamiento hacia una reflexión más profunda en tanto la construcción de masculinidad a partir del contexto violento, y ofrece un atisbo sobre los mecanismos mediante los cuales estas construcciones se mantienen vigentes, encuentran validez al naturalizarse y esencializarse; también constituye un reto para posteriores trabajos, los cuales podrían profundizar su análisis con otros materiales que enriquezcan la reflexión, como: *Sumas y restas*, *Rosario tijeras*, *Sin tetas no hay paraíso*, entre otras obras literarias y producciones cinematográficas que han abordado estos temas de la violencia en la ciudad.

Glosario³

BAJAR: Robar o matar.

CASCAR: Dar bala o golpes.

CUCHA: Madre, persona de edad.

3 La construcción de este glosario parte del generado en Salazar (1990) y es complementado con Castañeda y Henao (2006); las definiciones ofrecidas obedecen a un contexto específico y pueden variar sustancialmente en otros.

CUCHO: Padre, persona de edad.

CULEAN: Sexo, copular.

DURO: Persona con poder.

EMBALAR: Comprometer a alguien.

ENTUCAR: Emprender una acción con decisión, sin temor a los riesgos.

LA CHIMBA: expresión que indica rechazo o negación.

LEVANTAR: Aporrear, golpear a una persona. Lograr algo que se desee.

LLEVADO DEL PUTAS: Estar mal, tener problemas o estar deprimido.

LUCAS: Pesos. Dinero y bienes en general.

MALOSO: Persona peligrosa, que se dedica al delito y a matar por encargo.

MAMASOTA: Mujer bonita, de buen cuerpo.

MILICIAS: Guerrilla urbana. Grupo armado al margen de la ley.

MUCHACHOS: Jóvenes.

PELADO: Persona de corta edad, adolescente.

PILAS: Estar prevenido para evitar ataques o ser prevenido.

PISTA: Pedir oportunidad.

TESO: Valiente, fuerte, aventado.

TIRARSE AL REBUSQUE: Trabajar en cualquier cosa.

TORCIDO: Traidor.

Referencias bibliográficas

Aricapa, Ricardo. (1998). *Medellín es así, crónicas y reportajes*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Campos G., Álvaro y José Manuel Salas Calvo. (2001). *Ponencia: Masculinidad en el nuevo milenio* [archivo PDF]. I encuentro centroamericano acerca de las masculinidades. San José, Costa Rica. Recuperado de http://institutowemcr.org/articulos/articulos/Masculinidad_nuevo_milenio.pdf [Consultado 13 Mar. 2016].

Departamento Administrativo Nacional de Estadística: Dane. 2015.

- Figuerola Perea, Guillermo. (2010). *Un apunte sobre varones y masculinidades enajenadas*. El Colegio de México. Recuperado de <http://incidejoven.org/wp-content/uploads/2010/08/Un-apunte-sobre-varones-y-masculinidades-enajenadas.pdf> [consultado el 6 de octubre de 2015].
- García, Carlos, y Fredy Gómez. (2012). *Masculinidades y violencias en Colombia. Desestructuración del modo convencional de hacerse hombre*. Bogotá, Colectivo hombres y masculinidades. Recuperado de <http://web.archive.org/web/20140211115631/http://www.hombresymasculinidades.com/pdf/masc-vilencia.pdf> [consultado el 13 de marzo de 2016].
- Gaviria, Víctor (director). 1990. *Rodrigo D. No Futuro*. Zona A Ltda. Fílmico.
- Gutmann, Matthew. (1997). *Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad*. Recuperado de http://www.berdingune.euskadi.eus/u89-congizon/eu/contenidos/informacion/material/eu_gizonduz/adjuntos/Traficando%20con%20Hombres_%20La%20Antropolog%C3%ADa%20de%20la%20Masculinidad.Matthew%20C.%20Gutmann.pdf [consultado el 30 de agosto de 2015].
- Mejía, Javier (director). 2005. *Apocalipsur*. Perro a Cuadros Producciones. Fílmico.
- Restrepo, Jorge Alberto. (1992). *Retrato de un patriarca antioqueño. Pedro Antonio Restrepo Escobar*. Bogotá: Banco de la República.
- Salazar, Alonso. (1990). *No nacimos pa' semilla*. Medellín, Colombia. Cinep.
- . (1993) *Mujeres de fuego*. Medellín, Colombia. Corporación Región
- Semana*, revista. (2015). Virginia Gutiérrez, la revolucionaria de los 10.000 pesos. Bogotá, 3 de octubre. Disponible en: <http://www.semana.com/cultura/articulo/virginia-gutierrez-la-revolucionaria-de-los-10000-pesos/444762-3> [consultado el 6 de octubre de 2015].
- Serrano, José Fernando. (2005). *La cotidianidad del exceso. Representaciones de la violencia entre jóvenes colombianos*. En: *Jóvenes sin tregua, culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Anthropos.